

Bloc de notas



Especulación inmobiliaria

Thomas Wolfe, talento malogrado de una generación, retrata en una magnífica novelita la burbuja que precedió al Crack del 29



LUIS M. ALONSO

En julio de 1938, Thomas Wolfe enfermó de neumonía durante una visita a Seattle y pasó tres semanas internado bajo cuidados médicos. Hubo complicaciones y finalmente le fue diagnosticada una tuberculosis miliar del cerebro. El 6 de septiembre lo enviaron al Hospital John Hopkins de Baltimore para que lo tratase el más famoso neurocirujano del país. Una operación de urgencia reveló que la enfermedad había invadido el lado derecho de su masa encefálica. Sin recobrar el conocimiento, murió 18 días antes de cumplir los 38 años.

Al día siguiente de su fallecimiento, «The New York Times» publicó: «La suya fue una de las voces jóvenes más prometedoras de la literatura norteamericana contemporánea, una voz vibrante y llena de tonos; parece imposible creer que de repente haya enmudecido. Poseía el sello del genio, aunque se trataba de un genio indisciplinado e impredecible. Había en Thomas Wolfe una energía no utilizada, una fuerza incansable y un hambre insaciable por la vida y por la expresión literaria que lo mismo podía haberlo elevado a las alturas que haberlo derribado». En «Time», a su vez, dejaron escrito: «La muerte de Thomas Clayton Wolfe sorprendió a los críticos constatando que era, de todos los novelistas norteamericanos de su generación, de quien más se esperaba». Debido a su temprana muerte, Wolfe tuvo menos de la mitad de tiempo para escribir que Scott Fitzgerald, Hemingway o Faulkner. Jugando con las palabras, podría decirse incluso que su temprana pérdida impidió que entrara a formar parte de la famosa Generación Perdida.

La publicación de *El ángel que nos mira* (1929) fue generosamente aclamada en Estados Unidos y Europa. La crítica coincidió en destacar que nunca antes se había escrito un libro mejor sobre la monotonía de la vida americana de provincias. La revista «Scribner» comparó a Wolfe con Walt Whitman y a partir de entonces han sido muchos los estudiosos que han encontrado similitudes en la obra de ambos autores. Su segunda novela, *Del tiempo y el río* (1935), obtuvo un apoyo similar de los críticos. Fue mejor recibida por los lectores y pronto se convirtió en un éxito de ventas y en el acontecimiento literario del año. Robert Penn Warren comentó de ella que era tanta su grandeza que con algunos de sus más brillantes fragmentos se podrían escribir varias novelas. Malcolm Cowley en «The New Republic» dijo de Wolfe que era el único autor contemporáneo a la altura de Dickens y Dostoievski. Probablemente estaba exagerando pero sus palabras dan una idea del entusiasmo acerca de una obra.

Aunque aclamado en vida como uno de los escritores americanos más importantes, a la altura de Fitzgerald, Hemingway y Faulkner, la reputación de Wolfe se disipó tras su inesperada muerte. Fue excluido de los cursos universitarios y de las grandes antologías. Faulkner lo llegó a considerar el autor más capaz de su generación, pero más tarde rebajaría los elogios. Hemingway, como corresponde a su aborrecible personalidad, se comportó de manera bastante más despectiva y calificó a Wolfe de escritor sobredimensionado. «Una especie de Li'l Abner de la literatura». Abner era entonces el personaje principal de unas populares tiras cómicas de los periódicos dibujadas y escritas por Al Capp, sobre un clan de paletos montañeses de una aldea de Arkansas. Sólo con el paso de los años su prestigio sería en parte restituido, aunque todavía puede que existan quienes al oír su nombre piensen inmediatamente en el reportero padre del nuevo periodismo del mismo nombre.

Entre las dos grandes obras citadas –*El ángel que nos mira* y *Del tiempo y el río*– Thomas Wolfe escribió *Especulación*, una novelita breve que publica Periférica, al igual que hizo con anterioridad con *El niño perdido* y *Una puerta*. En *Especulación*, un profesor de Universidad regresa a la casa familiar para comprobar que en el apacible pueblo donde creció la codicia se ha desatado en medio de un boom inmobiliario. Las palabras comprar y vender han sustituido en el ideario local a las imágenes perdidas de la infancia. El ruido de las grúas, al canto dulce de los pájaros y el repiqueteo de sus alas sobre las hojas. Wolfe es un maestro de las descripciones, nadie como él para narrar los cambios de ritmo en la naturaleza y las fisonomías pasajeras. «Y ahora mientras observaba desde la colina aquel extraño y nuevo pueblo, aquella increíble conversión en una ciudad que había enloquecido de la noche a la mañana, John recordó de repente la imagen nocturna de las calles muertas de la infancia». El silbido del viento, la aguda serenata de las cigarras, el trueno solitario del tren en la noche desierta.

Boom Town, título original de la novela, cuenta la pasión por el dinero en Estados Unidos antes de la Gran Depresión. Estando de actualidad, los efectos de cualquier burbuja inmobiliaria acuden a la lectura. El retrato del abogado Ruf Mears, tiburón, delincuente y hombre de pocas luces, es el del tonto que el pueblo embaucado consiente en respetar como si fuera portador de una varita mágica. Él dice cuándo hay que comprar y cuándo vender. Los vecinos le hacen caso, eufóricos por las promesas de crecimiento y esplendor. El villorrio, mientras tanto, crece hasta convertirse en ciudad. «Corría ya el mes de julio de 1929, el año fatal que trajo la ruina a millones de personas de todo el país». Pero, como continúa Wolfe, «aún entonces estaban ebrios de triunfos imaginarios...».

El relato, publicado inicialmente por la revista «The American Mercury», se entiende mejor sabiendo que Wolfe nació en Asheville, una localidad de los Apalaches que experimentó un enorme crecimiento en las dos primeras décadas del siglo XX y que sufrió como ninguna la carga de deuda per cápita que sumiría a Estados Unidos en la depresión de 1929. Las dificultades para desenvolverse a lo largo de los años siguientes le sirvieron, a su vez, a Asheville para frenar por falta de recursos un segundo desarrollismo. Ahora es la meca de la arquitectura Art Déco. Ironías de la vida.



Especulación
 THOMAS WOLFE
 Periférica, 2013, 96 páginas,
 14,50 euros

Tinta fresca

El apagón

Veinticuatro horas en un hospital fuera de lo común



TINO PERTIERRA

Ocho de la mañana. «Es absurdo pretender llegar sano a la muerte». Cuestión de principios a la espera del final. Así comienza Diego Prado su jornada en *Hospital Cínico*. Sin «¡». Durante 24 horas será el guía en el desfiladero donde el alma humana aprender a convivir con morir. Un laberinto habitado por gentes de todo tipo y rendición, incluidos fantasmas y dobles de escritores prestigiosos, pacientes y profesionales de la cura y la herida que la impaciente pero precisa prosa de Prado lanza a un torbellino de emociones y pensamientos sometidos al vértigo. Y para cerrar el círculo, un apagón que adopta las formas de gran metáfora sobre el des(a)tino humano. Una obra que supura autenticidad quizá porque no la busca, tan real porque se embadurna de irrealidad con muchas grietas fantásticas. El precio: no dejar al lector libre del desasosiego.

¿Cómo abrió un hospital así? «Se fue abriendo solo, sin pedir permiso. Seguramente influyeron los dos años que me pasé trabajando en el sótano del archivo clínico de un gran hospital». Y más allá del juego de palabras, ¿por qué cínico? «Porque la ironía y el cinismo recorren la novela, que ofrece una visión poco realista, y desde luego alejada del dramatismo, de un hospital. Como no podía ser de otro modo en mí, el elemento fantástico no tarda en aparecer». ¿Hay algo de exorcismo o catarsis? «Había una voluntad inicial por conjurar mis severas tendencias hipocondriacas, de poner sobre el papel mis miedos más íntimos, que son los miedos de los personajes. Y aunque escribir la novela no me alejó de mis neuras, al menos me sirvió para reírme de ellas». Durante el proceso de escritura lo más costoso llegó con «las ochenta últimas páginas. Por una serie de circunstancias empecé a verme enmarañado en una especie de crisis psicológica. Me aconsejaron seriamente dejar de escribir por un tiempo, aunque yo no quería, y además tenía que acabar la novela. Esas ochenta páginas me costaron una barbaridad porque tuve que forzarme. Ha sido la única vez que he sufrido escribiendo y no guardo buen recuerdo. Me dejó agotado psíquicamente. Tardé meses en poderla leer después de acabada. Pero creo, o quiero creer, que me ayudó a superar aquel bache y reforzar mi vocación de escritor».

Lo cierto es que en la novela «la realidad está muy adulterada. Hay mucha ficción y, sin embargo, algunas cosas que lo parecen no lo son, como la aparición del doble de Bolaño o el viejo cura vendiendo calendarios a la entrada del metro. ¿Prefiere el bisturí o las vendas a la hora de escribir? «¡Prefiero las vendas, jajaja!». Buena opción para una novela que «huye de la novela realista, que personalmente me aburre bastante, salvo que venga acompañada de un importante trabajo de creación verbal. La veta fantástica, insertada en lo cotidiano, me interesa y me define a la hora de escribir».

Hay ciertos guiños literarios «más o menos identificables a Irving o Vonnegut, aunque no son autores que hayan influido propiamente en mi estilo. En otras obras mías hay ciertas connotaciones con la vertiente fabuladora de Cunqueiro, un autor esencial demasiado olvidado. Me gustan mucho también todos los grandes autores hispanoamericanos y ciertos autores centroeuropeos». ¿Publicar en una editorial periférica hace más difícil aún ser visible? «Sí, qué duda cabe. Lo que pasa es que todo resulta más íntimo, más familiar, más directo. Sigues el proceso de tu libro y colaboras en él».



Hospital Cínico
 DIEGO PRADO
 Editorial Sloper